

cibido, representado e imaginado por medio de los recursos literarios, es aprehendido como un tono objetivo. Gran parte de la historia de la literatura deviene como un hecho autobiográfico, pero también hay otro tono al que llamamos subjetivo y fantástico, del cual puede eliminarse incluso cualquier atisbo de realidad, como sucede con el barroquismo que envuelve como un exótico velo la acción final que precede al encuentro de Petronio y su Beatriz (Adela) y la posterior fundación de Libertilandia por un loco al estilo de Howard Hughes, que venía en un trasatlántico de placer a través de la niebla del olvido.

Casi toda la novela es una obsesiva premonición inalcanzable, a no ser por la ilusión onírica y la locura qui-jotesca de Petronio Rincón de alcanzar el sueño de Bolívar. Es un homenaje a toda una generación de hombres que vieron frustradas las ilusiones de cambiar las estructuras de un país clerical, violento y conservador. Su novela es, pues, una parodia histórica, donde se recuerdan, bajo nombres trocados, personajes o lugares de nuestra historia. "Abrió el periódico y en primera plana aparecía el rostro desfigurado del padre Antón Botero, asesinado en las montañas pocos días después de que se había enrolado en las filas de un movimiento guerrillero". Es, por supuesto, una alusión a Camilo Torres Restrepo, pero también es una apología a una generación de jóvenes que no entendieron que somos contingentes. Que estamos por suceder en todas las direcciones que se contienen en nuestra circunstancia, dentro del acontecer que estamos sucediendo. Que, sin embargo, la circunstancia no nos pertenece, ni siquiera somos libres de que nos pertenezca, ni siquiera en el caso que nosotros mismos la hayamos creado. La circunstancia nos invade, se convierte en nuestro equívoco. "Pero hay que soñar y soñar más allá del sueño, no importa tanto el logro como la ambición, la realización como el intento".

Arriba había mencionado la tesis de que la novela es autobiográfica. Pues bien: estamos condenados a la historia, pero la realidad es tan histó-

rica, pero el escritor va más allá de la historia (su función deberá también revelar la vida interior), pero este más allá de la historia es hacia dentro, la esencia del conocimiento de sí mismo que acaba por ser la negación del autoconocimiento y la afirmación del siempre ahora de la conciencia humana. Es así como conoceremos el aspecto marcadamente histórico, autobiográfico en este caso, los recuerdos del padre, de la madre, de la provincia, de la alteración de la adolescencia. La vida personal es una apertura a la memoria de los hombres. Memoria total es lo mismo que lenguaje total.

Quizá no haya mencionado todo, quizá no haya dicho nada. Pero sólo me resta, para finalizar, referirme a dos hechos que se entrecruzan y surgen como una sola pregunta, pregunta que sólo podrá resolver la historia.

¿En Colombia la literatura no avanza por evolución sino por suplantación y demolición?

¿Cuál ha sido la evolución de la novela nacional después de García Márquez? ¿Estaremos atados a su hegemónica influencia o, por el contrario, los lazos ya se rompieron y podemos hablar de una nueva literatura nacional?



El bulevar de los Héroes es una novela con gusto por la cadencia barroca del idioma, por la anécdota del habitante de la colonización antioqueña, por el asombro de un provinciano ante la metrópoli. Es un monólogo descifrable a través no de la totalización de la expresión novelasca, ni tampoco con base en la

experimentación iconoclasta que propugna una vanguardia con aquel malabarismo de la palabra, de la imagen o de la metáfora. Esta es una historia verosímil pero con la imaginación barroca de un latinoamericano del *posboom*.

GERMÁN ALFONSO PÉREZ

El vituperio desoído

En Vos confío

Félix A. Posada

Ediciones Ecoe, Bogotá, 1987, 123 págs.

Colombia ha puesto su grano de arena para explayar el inventario de la infamia. El alto drama de la muerte o del dolor ajenos y la prosa vulgar de las estafas y la felonía han recibido aportes nacionales que hacen palidecer a otros pueblos. Pero se trata de un país modesto. Las alcaldías y las licoreras lanzan campañas sobre la substantividad de nuestra mansedumbre. Nadie se jacta de habernos inventado modalidades delictivas y violencias y de haberles buscado sobrenombres y un código legal que las contempla a todas, a prudente distancia. Sin embargo, no estaría por demás tener en mente estos hitos y señalar que hay tal vez un campo en el que somos timoratos: el del sacrilegio, siendo como es ésta la tierra del sicario y del escapulario.

Ante la abundancia de materia, parte de nuestra literatura apela a la hipérbole. La incontenible, estrepitosa historia aquí reaparece desbordada por un espléndido cortejo de recursos retóricos, saturada de circos, insectos y burdeles que vivifiquen la crónica de hechos que, de narrarse escuetamente, parecerían fantásticos.

Esto es así para quienes consideran que la literatura es un reflejo. También están los que siempre han luchado por que ésta sea la cosa misma. Por eso nuestros poetas columnistas, por

eso Vargas Vila, las proclamas de guerra, los manifiestos de los ismos y el filón inexplorado del comunicado universitario. Sólo en un frente pocos se aventuran: en el de la blasfemia, si exceptuamos los coqueteos masónicos y algún desmadre nadaísta.

Sea cual sea la concepción, especular o participativa, de todos modos cada colombiano está en su derecho de escribir su propia obra del desfogue. Félix A. Posada (Pereira, 1954), "sociólogo de profesión, pero con una fuerte vocación de escritor", publica una que desea militar en el desatendido frente de la profanación.

Acaso porque no heredamos la costumbre ibérica del taco irreverente, privilegio de esa altanera religiosidad que concedía las llamas al infiel, la injuria al cielo, y que, se afirma, fue pulido por siglos de trato con los asnos hasta lograr la concisión que hoy resulta mortal para el turista; quizás porque tampoco fuimos los herejes que retocaban puntos de doctrina para poder caer en la blasfemia estatutaria; en todo caso porque a este respecto tenemos que partir casi de cero, quizás por todo esto sean excusables algunas ligerezas de la novela *En Vos confío* de Posada.

El argumento es juvenil: un presidente de apellido Abadía ha concebido un hijo en una Inmaculada que está en la catedral de cierta república latina. También lo es el desarrollo, en el que el propósito execratorio se desboca en entusiasmos repentistas.

Resulta que, según el tópico, el mandatario anda absorto en el estudio de la "metafísica, teodicea, astrología, propedéutica, retórica y apo-

logética" y descuida sus obligaciones mientras su hijo va asumiendo las riendas del poder. Este orquesta, quién iba a pensarlo, una matanza en unas bananeras, con lo que obtiene de su padre connivencia total, amén de un arzobispado. Entonces se dedica, de día, al despotismo recreativo y, de noche, a arrullar a su padre senil con el relato de tropelías que cometiera años atrás en compañía de villanos de las historias patria, continental y universal.

Debemos fingir que ignoramos la identidad de este superministro. Claro que la contraportada la revela, fuera de que desde un comienzo adivinamos que se trata del Sagrado Corazón y, lo que sí es grave, notamos que el autor cree tener guardada la sorpresa. En fin, en sus trasnochos el personaje nos informa que ha sido compinche de los autócratas que en Latinoamérica componen lo que sería nuestra Comedia de la Tiranía. También del Byron independentista y del Teodoro Roosevelt del garrote, por ejemplo. Ha sido amante hasta de Eugenia de Montijo, ha traicionado la causa indigenista, incluso se ha inventado, en conchabanza con los gringos, el neocolonialismo.

Para las fechorías diurnas se vale del apoyo de ciertas cofradías femeninas regentadas por meros nombres que, porque aún se honran, han de ser pérfidos: Simona Duque, Soledad Román, Laura Montoya. Cierta día, acaso cuando el autor se cansa de escribir, pues queda claro que no ha novelado todos "los problemas sociales que observa en sus investigaciones", durante cierta reunión paname-

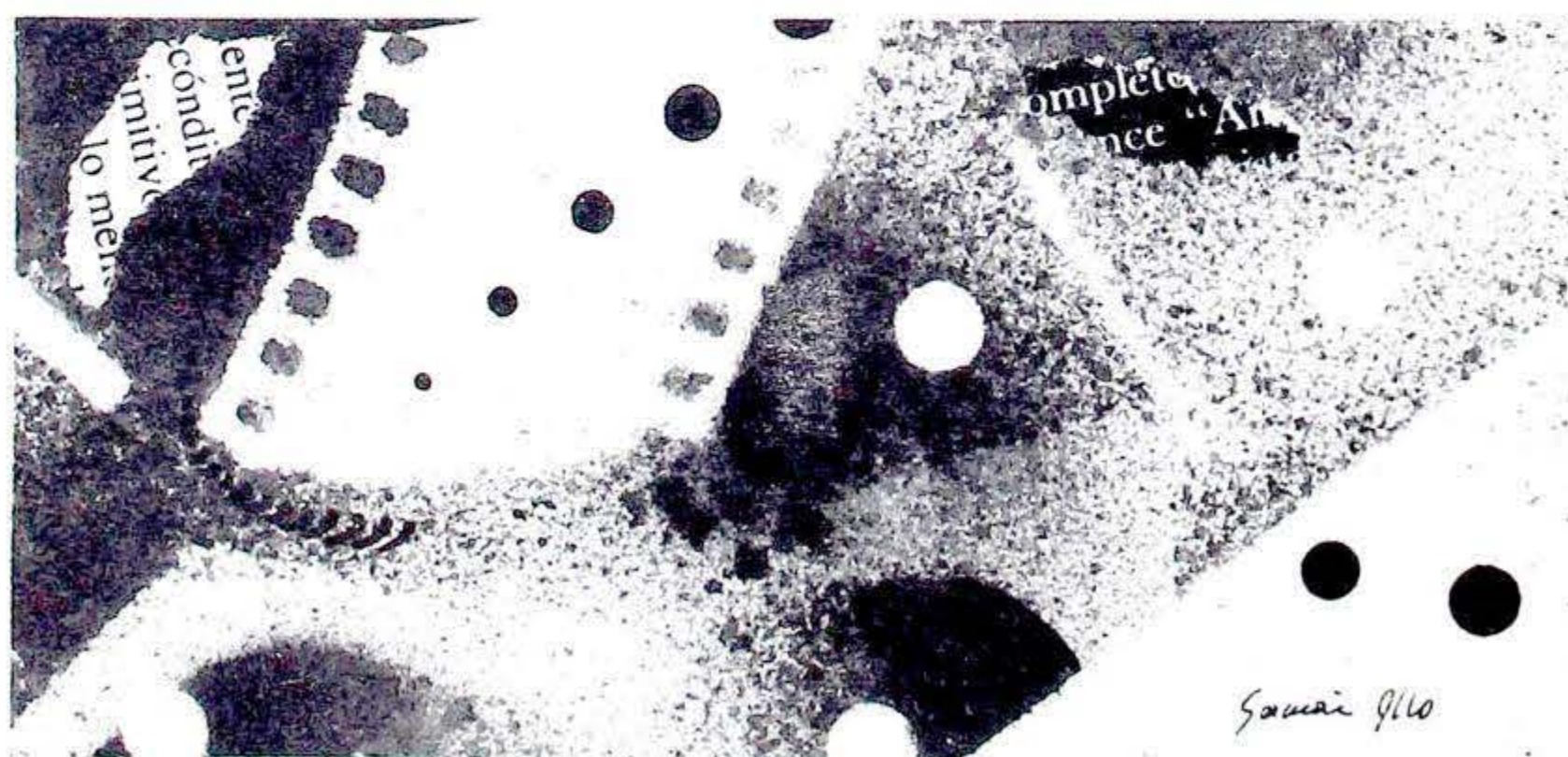
ricana de "altezas y jefes serenísimos", el Sagrado Corazón es asesinado. De ahí que la república luctuosa hubiese sido consagrada a su memoria.

Trae la obra un presuroso prólogo de Gustavo Alvarez Gardeazábal, en el cual apadrina al mismo tiempo que señala las máculas del libro: "Para muchos será un despilfarro imaginativo. Para otros un panfleto de mal gusto. Para los de más allá, una irreverencia histórica que no alcanza siquiera niveles de humor. Pero cómo se deja leer". Vamos por partes.

El despilfarro, ciertamente, no va en las situaciones referidas, ni en las acusaciones dirigidas a los malos de toda la vida. Aquí se sigue *denunciando*, lo que al parecer exime de creatividad, aquello que ya es oficial: las sartas de generales criollos, las compañías extranjeras, la insidia purpurina de la Iglesia. Tampoco va en el ya mencionado recurso de la hipérbole, en las bandadas de mariposas, cómo no, en el conteo de noches por millares o en los pueblos pasados a cuchillo. Por el contrario, se trata aquí de un económico manejo del clisé circulante: el Tío Sam de vodevil, el empresario colmilludo, el militar payaso sanguinario, la cofradía orgiástica.

La dilapidación más bien consiste en consagrar todas estas funambulascas maldades de cartilla a una sola figura cuyas llagas se van quedando cortas. El sacrilegio muere ahogado por exceso. La prosa infamatoria exige, como todas, la originalidad más que el antologismo si desea hacer mella, y claridad y coherencia en las imputaciones más que la simple cargazón. Por ejemplo, no es siquiera alegórico endilgarle al Sagrado Corazón de Jesús la creación y el uso de maromas capitalistas que se idearon precisamente quienes lo dieron de baja para poder ejecutarlas sin repulgos.

Lo de mal gusto no es porque sea un panfleto, pues los hay exquisitos. Pero podría estar en la evidente prisa con que fue redactado y publicado. Posada tiene un fino oído narrativo. No obstante, aquí lo emplea en vehemencias carentes de ilación, puntadas de sobresalto en sobresalto. El capricho quiere pasar por frescura



bufo, pero es éste uno de esos libros en los que frases como "a retazos, casi inconexamente el presidente continuó su narración" quieren justificar en los protagonistas el desorden, pereza o arrebatos del autor. Y no sería de buen tono dejar entrever que se tiene un concepto tan bueno de las capacidades propias y uno tan relajado sobre las del lector.

Barajar temas históricos, trastocar fechas, trastear personajes e invertir los fallos de los institutos no es ningún rompimiento. Al revés: se trata de una rancia tradición. La irreverencia histórica consiste en escribir como si ésta no existiera. No basta ya la gesticulación ante nuestros peores episodios, ni maquillarlos con la primera extravagancia asociativa que venga a la cabeza, pues esta arma de delación se ha ido gastando. Mucho ha pasado, pero lo que hoy en día ocurre otra vez amenaza con rebasar a la literatura de denuncia. Ningún maldiciente podría desconocer que la nación ya tiene una conciencia, social y literaria. Más grave aún: encallecida. Lo que hace más difícil su oficio, más preciosa cada piedra de escándalo.

Habría que decir que el escrito sí alcanza niveles de humor, cierto tipo de humor. Esto es cuestión de gustos. Más que todo aquí se manifiesta, por medio de la farsa grotesca, odio político; y para muchos colombianos esa es la sola utilidad del humorismo. De todos modos, no parece ser éste la meta de la obra. Creo que el autor habría preferido un anatema, de modo que no tiene que dar explicaciones. A veces se limita a ser sarcástico. Son sus mejores ratos: "Ese día una triste noticia llegó al despacho del señor arzobispo: el general Ospina, el querido y leal general Ospina había muerto por cuarta y al parecer definitiva vez . . .".

Ignoramos si este es su destino, pero parece que Félix A. Posada no encuentra todavía un método eficaz de profanar. No es un novicio: ha publicado ya teatro, poesía y novela. Tal vez sucede que, como las aborrecidas academias, piensa en el fondo que el libelismo es fácil y por lo tanto secundario. Ya que recurre a él, acaso debería comprender que se trata de

otra disciplina y que ni la locuacidad ni el menosprecio son cimientos suficientes. El renovar y refinar las técnicas, la minuciosa busca de cargos, o calumnias, que sean de veras afrentosos, insospechados e ineludibles, tal vez recorran el velo de silencio que según Alvarez Gardeazábal cae sobre "los escritores que hacen obras tan atronadoras y exageradas como esta". ¿Quién sabe? El silencio a lo mejor no es represivo. Somos un país perito en estas cosas y, aunque chambones para la blasfemia, no dejaremos de apreciarla y de escarmentar debidamente al escritor que suelte una buena.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

Frente a frente

Vida y obra de Héctor Sánchez

Jorge Eliécer Pardo

Pijao Editores, Bogotá, 1987, 125 págs.

Dos escritores frente a frente.

Por un lado, Jorge Eliécer Pardo, cuentista, novelista y ensayista, nacido en 1950 en El Líbano (Tolima), a quien se conoce principalmente por su novela *El jardín de las Wiesmann* (1978).

Por el otro, Héctor Sánchez también tolimese (El Guamo, 1940), narrador avezado con varias publicaciones en Colombia y el exterior, premio nacional de novela Esso 1969. Su novela *Sin nada entre las manos* (Barcelona, 1976) fue llevada a la televisión con el título de *El Faraón*. Además, fue finalista en el concurso Rómulo Gallegos (1987) con su novela *Entre ruinas*.

El libro que comentamos consta de cinco capítulos, entre los que cabe destacar la semblanza sobre Sánchez, el diálogo extenso entre los dos escritores ("batalla campal"), que cubre temas como los géneros literarios, la literatura colombiana, el exilio, las generaciones literarias, la creación, el amor y la mujer . . . , y un ensayo

crítico de Pardo sobre la última novela publicada por Sánchez (*Entre ruinas*, Barcelona, 1983). Este material está complementado con bibliografía y reseñas sobre las obras de Sánchez.



Se trata, pues, de dos perspectivas: primero la entrevista y la semblanza; segundo, la crítica literaria. Se busca así, siguiendo los modelos tradicionales, dar cuenta de "la vida y obra" de Héctor Sánchez. Aunque el rigor crítico se ve afectado por la obvia relación amistosa de los dos escritores, por la solidaridad del oficio y de la procedencia territorial, y por la forma coloquial, anecdótica, que Pardo, como buen novelista, les imprime a sus comentarios, el libro se constituye en fuente de información útil para los estudiosos de la obra de Sánchez.

El estilo ameno, la informalidad y exclusión deliberada del tecnicismo, hacen recordar ciertos antecedentes del género, como las conversaciones de Plinio Apuleyo con García Márquez en *El olor de la guayaba* (Bogotá, La Oveja Negra, 1982).

Tanto en los diálogos como en los comentarios de Pardo, va quedando reflejada la vida estrecha, pueblerina, de El Guamo en los decenios del cuarenta y del cincuenta, con sus pequeñas frustraciones y dolores; la forma como el adolescente va ampliando su visión sobre los seres, y su deseo de trascender, su residencia en el exterior, su soledad, su nostalgia . . . y los efectos de esta historia real en la ficción.